



Yo, respetable padre de familia, cuando llegue su momento, como mandan los cánones, cederé los trastos de sopear a los hijos que se lo merezcan. Pero quiero que hasta entonces se me respete y se respeten las instituciones que he conservado puras e inmaculadas como las recibí de las manos de mis abuelos y de mis superiores. Por eso, no puedo tolerar la caprichosa rebeldía de mis hijos, que, pervertidos por las modernas —y, por consiguiente, falsas— teorías utopistas y socializantes, insisten en suponer que la razón está de su parte. Yo también sentí, de joven, esa rebeldía; yo también, cuando mi madre me llevaba en sus cálidos brazos, odiaba a mi padre, que nos miraba por las rendijas de la casa para que se apresurase a soltarme para llevársela a la cama. Eso, solamente eso, es lo que les pasa a los jóvenes modernos.



Pura envidia. Pura envidia y puro egoísmo juvenil. Ahí está el origen de todas sus algaradas y todos sus falsos entusiasmos. Por eso, no consentiremos que desdeñen la felicidad que les ofrecemos para el futuro, no consentiremos que desprecien la mantequilla que nosotros les damos y no tuvimos (aunque sea un derivado sintético de la mierda de oveja), ni que se burlen de las instituciones que con tanta paciencia y magnanimidad hemos construido. Cuando mi ángel de la guarda encendía una estrellita en mi frente, yo veía una víbora enroscada en la calva de mi padre, que me vigilaba, no para velar mi sueño, sino para convencerse de que dormía y poder entregarse así a sus ruidosas orgías. Sin embargo, he sabido comprender y perdonar. Ahora sé que tenían razón. La razón que ahora quieren arrebatarnos los jóvenes impacientes.



Esas son las causas generales de que los hijos tengan sólo miradas asesinas hacia sus padres. Y quien habla de padres habla de la complejísima y admirable red que forma el tejido unitario de la sociedad, verdadero padre de todos nosotros, aunque tenga nombre de madre. Recuerdo que solía tener yo todavía caliente en la boca el último chorrito de leche de mamá cuando papá me arrebataba de sus brazos y, lleno de envidia orangutana (que hace poco me han atribuido a mi mis propios hijos), lleno —repito— de una envidia orangutana, me alejaba del calor de María —así se llamaba mi santa madre— para ponerme a hacer caquitas sobre un código penal que había agujereado para que no lo maculara con mis heces. Así me hice hombre en la rectitud, y en esa rectitud quiero que se sigan haciendo los demás por los siglos de los siglos.



Quando veo los grupitos y covachuelas donde se pierden en especulaciones insustanciales los amigos de mis hijos y mis propios hijos, me entristece ver la cobardía que tienen para aceptar los fecundos hechos de la verdad. De niño yo también sentía esos celos y esos deseos de poseer y arrebatar a los demás las escasas sustancias nutricias de la vida. Eso es lo único que quieren los jóvenes insensatos: quitarnos lo que es nuestro, lo que ha sido nuestro por victoria y por trabajo y lo que continuará siendo nuestro hasta que quede vivo uno solo de nosotros. Yo solía ver, cuando recibía la fecunda magnanimidad de mi madre, los monstruos que se acercaban, disfrazados a veces de hermanitos, para quitarme la felicidad de los labios, como quieren hacer ahora todavía los jóvenes con estúpidos argumentos y falsas y sucias palabras.



¿Cómo no voy a comprenderles si desde mi altura puedo ver mejor que ellos sus agitados movimientos de insectos atolondrados? Se han inventado una teoría de la incomunicación que sólo es un truco para seguir ciegos a nuestras razones. En el fondo, tienen vocación de parricidas. Si se atreviesen, lo serían y serían más tarde también fratricidas, a pesar de las teorías de amor y entrega con que ocultan sus impaciencias por arrojarnos a nosotros a lúgubres asilos y casas de salud o a repugnante comunas, ideadas en las mentes hepáticas de los líderes mogólicos modernos. Si yo maté a mis hermanos fue por el bien de todos. Además, fue sólo un sueño, un sueño lejano que se unió a las lágrimas del rocío para fecundar juntos la tierra en los nuevos amaneceres que construimos. Por eso nos tapamos los oídos cada vez que oímos sus falsas acusaciones.



Por eso, cada vez que veo que mis hijos me miran y se dan con el codo y me señalan con el dedo porque se me han ladeado sobre una oreja los atributos de mi superioridad, me descompongo. Gracias a Dios, todavía me quedan criados fieles que me limpian y me alimentan y me mantienen erguido y alejado de las embestidas ambiciosas de quienes me atribuyen culpas que sólo son suyas, porque el mundo que rechazan es el mundo de la felicidad, de la felicidad inamovible que les he construido gracias a mi constante abnegación y sacrificio. Por eso de todo, les quiero y tiemblo pensando qué será de ellos si algún día consiguen desatarse. Confío en que hayan sido merecedores de heredar mi sensatez. Así sea.

CHUMY CHUMEZ